

**D**espués de una feliz travesía marítima, que para mí sin embargo resultó muy incómoda, por fin llegamos a puerto. Una vez que el bote me hubo dejado en tierra, cargué mis pequeñas pertenencias en el hombro y, abriéndome paso por entre la multitud pululante, me dirigí a la casa más humilde y próxima, frente a la cual colgaba un anuncio. Pedí una habitación y el mozo, midiéndome con la mirada, me condujo hasta la buhardilla. Hice que me trajera agua fresca y le pedí que me indicara exactamente dónde podía encontrar al señor Thomas John.

—Antes de llegar a la Puerta del Norte, la primera finca a mano derecha, una casa grande y nueva, de mármol rojo y blanco y con muchas columnas.

Bien. Era temprano. En seguida abrí mi bulto y saqué mi levita negra recientemente vuelta, me vestí pulcramente con mis mejores ropas, cogí la

carta de recomendación y me encaminé al instante hacia el hombre que debía ser útil a mis modestas esperanzas.

No bien hube subido la larga calle del Norte y llegado a la Puerta, vi resplandecer las columnas a través del follaje. «Así que aquí es», me dije. Quité el polvo de mis zapatos con el pañuelo, arreglé mi corbata y, encomendándome a Dios, tiré del cordón de la campanilla. La puerta se abrió. En el vestíbulo hube de soportar un interrogatorio, pero el portero me hizo anunciar y tuve el honor de ser llamado al parque, donde el señor John se paseaba con un pequeño grupo. Le reconocí inmediatamente por la autocomplacencia que irradiaba su robusto cuerpo. Me recibió muy bien, como un rico a un pobre diablo, e incluso se volvió hacia mí sin dar la espalda a los demás para coger de mi mano la carta que le presenté.

—Vaya, de mi hermano. Hace mucho que no he sabido de él. Supongo que anda bien de salud, ¿eh? —y sin esperar mi respuesta, indicando con la carta una colina, prosiguió—: Allí es donde hago levantar el nuevo edificio.

Rompió el sello, sin interrumpir la conversación, que derivó sobre el tema de la riqueza.

—Quien no es dueño por lo menos de un millón —opinó— es, perdónenme ustedes la expresión, un canalla.

—¡Oh, qué gran verdad! —exclamé, desbordante de sentimiento.

Eso tenía que gustarle. Sonriéndome, dijo:

—Quédese, querido amigo. Después tal vez tenga tiempo de decirle lo que pienso respecto a esto —y señalando la carta, la guardó y se volvió de nuevo hacia su grupo.

Luego ofreció su brazo a una joven dama, en tanto que otros caballeros atendían a otras bellas, y formando parejas se encaminaron hacia la colina florecida de rosas.

Yo fui el último en seguirlos, sin molestar a nadie, porque nadie se ocupaba de mí. Estaban muy alegres, galanteaban y bromeaban. A veces se hablaba seriamente de cosas sin importancia y a veces ligeramente de cosas serias, y las bromas aludían sobre todo a amigos ausentes y a sus relaciones. Yo era un extraño allí y no podía entender mucho de todo esto; estaba demasiado preocupado y ensimismado como para animarme a entender tales enigmas.

Habíamos llegado a la rosaleda. La bella Fanny, la reina del día, quería coger por sí misma,

obstinadamente, una rama florida, y al herirse con una espina se derramó púrpura sobre su tierna mano, como la de las rosas oscuras. Este suceso inquietó a todos los presentes. Se pidió un emplasto inglés. Un hombre algo viejo, callado, flaco, enjuto y larguirucho, que estaba cerca y en quien yo todavía no había reparado, metió de inmediato la mano en el bolsillo de su estrecha levita de tafetán gris pasada de moda, y sacando una pequeña cartera, que abrió, hizo entrega a la dama de lo pedido con una reverencia devota. Ella lo recibió sin prestar atención al donante y sin darle las gracias. Ya curada la herida, se prosiguió el ascenso a la colina, desde la cual se quería admirar la amplia vista sobre el laberinto verde del parque hasta el inmenso océano.

La perspectiva era realmente grandiosa y magnífica. Un punto luminoso apareció en el horizonte, entre las aguas oscuras y el azul del cielo.

—¡Un telescopio! —gritó John.

Pero antes de que la servidumbre que había acudido a este grito pudiera moverse, el hombre de gris, haciendo una reverencia modesta, había metido la mano en el bolsillo de su levita y extraído un lindo Dollond, que entregó al señor

John. Este, acercándolo en seguida a su ojo, informó a la compañía de que se trataba del barco que había partido el día anterior y que vientos adversos retenían aún frente al puerto. El telescopio pasó de mano en mano y no volvió a las de su propietario. Miré perplejo a este hombre, sin explicarme cómo un artefacto tan grande había salido de un bolsillo tan diminuto; esto, sin embargo, a nadie parecía haber llamado la atención, y nadie se ocupó más del hombre de gris que de mi persona.

Los refrescos y las frutas más raras de todas las regiones fueron ofrecidos en preciosas fuentes. El señor John hizo los honores con distinción y sencillez, y entonces me dirigió la palabra por segunda vez:

—Sírvasse. De esto no habrá probado en alta mar.

Hice una reverencia que él no advirtió, pues ya estaba hablando con otra persona.

Todos tenían ganas de tenderse sobre el césped en la falda de la colina ante el paisaje desplegado, pero temían la humedad del suelo. «Sería divino», dijo alguien, «tener aquí algunas alfombras turcas». Tan pronto como el deseo fue expresado, el hombre de la levita gris tenía ya su mano en el bolsillo

y con un gesto modesto, casi humilde, se esforzaba por sacar de él una rica alfombra turca con hilos de oro. Los criados la recibieron como si así debiera ser y la desplegaron en el lugar deseado. Sin ceremonias, el cortejo se instaló sobre ella. Yo, por mi parte, miré asombrado al hombre, al bolsillo y a la alfombra, que medía veinte pasos de largo y diez de ancho, y me restregaba los ojos, incierto de lo que debía pensar de todo esto, especialmente porque nadie encontraba en ello nada raro.

Me hubiera gustado preguntar acerca de este hombre y saber quién era, pero no sabía a quién dirigirme, dado que temía casi más a los señores de la servidumbre que a los señores servidos por ella. Por último me atreví y me acerqué a un joven que me pareció no tan importante como los demás y que a menudo se había quedado solo. En voz baja le pedí que me dijese quién era aquel hombre de levita gris tan complaciente.

—¿Este que parece un hilo escapado de la aguja de un sastre?

—Sí, el que está solo.

—No lo conozco —me respondió, y como queriendo evitar una conversación más larga conmigo, se volvió y se puso a hablar con otra persona sobre algo sin importancia.

Ahora el sol empezaba a quemar, molestando a las damas. La bella Fanny se dirigió negligentemente al hombre de gris, a quien nadie había hablado todavía, que yo supiera, preguntándole con despreocupación si tal vez no traía consigo una tienda. Él respondió con una reverencia tan profunda como si hubiera recibido un honor inmerecido, y ya tenía la mano en el bolsillo, del cual vi salir telas, palos, cuerdas, hierros, en suma, todo lo que es necesario para montar una tienda lujosa y magnífica. Los caballeros jóvenes ayudaron a levantarla, cubriendo con ella toda la extensión de la alfombra. Y nadie encontraba nada extraordinario en esto.

Hacía rato ya que me sentía incómodo, incluso espeluznado, máxime cuando al ser formulado el siguiente deseo le vi sacar de su bolsillo tres caballos, lo que te digo, tres hermosos, grandes y negros caballos con sus sillas de montar y arreos, ¡Imagínate, por Dios, tres caballos con montura, del mismo bolsillo del que ya habían salido una cartera, un telescopio, una alfombra de veinte pasos de largo por diez de ancho, una tienda de lujo del mismo tamaño y todos los palos y hierros necesarios! Si no te jurara haberlo visto con mis propios ojos, no lo creerías.

